

alguno, sino al que no sirviese para algo. Y al preguntarle el visitante para qué podía servir aquel mastuerzo, contestó el superior: «¡Oh, en cuanto a ese sujeto, le destinamos a mártir del Japón!» Y hay, en efecto, no pocos jesuitas que apenas sirven para otra cosa que para mártires, no ya en el Japón, que se ha civilizado, sino en cualquier tierra de antropófagos.

Lo que hay es que suelen distinguirse en general de los individuos de otras órdenes religiosas en una mejor educación de modales y formas sociales, de urbanidad, pero esto se debe a que proceden, en su mayoría, de familias de clase media o alta, a que hay menos rurales, menos hijos de aldeanos entre ellos. Los más son de pequeñas villas o de ciudades. Y no es en general —claro que con excepciones— del jesuita de quien se puede decir lo de: le huele el alma a santo, el cuerpo a puerco. Mas hasta esto va cambiando entre ellos. Y en todo caso, de ello a la inteligencia va mucho.

Lo que sin duda les distingue y se ha hecho proverbial es su escasez de sentido estético, su mal gusto en artes y literatura. Lo que proviene de que nunca han reconocido al arte un valor substantivo, de que no es el arte para ellos más que un añadido, un adorno, o más bien un señuelo para atraer almas a otro fin: al gran negocio de nuestra salvación. Nadie está más lejos que el jesuita de aquello del arte por el arte, o más bien la belleza por la belleza. La belleza es para ellos algo adjetivo. De donde derivan las deficiencias todas de su educación estética y no pocos vicios, los principales, de su sistema todo de educación.

Al hablaros de aquel Alberto, el protagonista de «La pata de la raposa», a quien los jesuitas educaron inculcándole el miedo a la muerte y el sentimiento del propio ridículo, os dije que acaso le inculcaron algo peor y fué una cierta sensualidad, o por lo menos no supieron defenderle de la que nació con él. Y en la otra novela de Pérez de Ayala, «A. M. D. G.» hay terribles revelaciones a este respecto. Y si no supieron defenderle de la sensualidad es precisamente porque no supieron darle educación estética, artística, ya que nadie da lo que no tiene.

En la sala de recibo de un gran colegio jesuitico había un álbum con reproducciones fotográficas de las estatuas antiguas al desnudo que hay en el museo del Vaticano y un hermanuco de los que allí servían se entretuvo en vestir a las diosas desnudas con una especie de traje de baño en algo así como flanela amarilla. Y en el cuello y puños en vez de terminar el traje en líneas rectas acababa en una especie de piquitos, lo que demuestra que el piadoso hermano hizo de sastre de

aquellas señoras con una especie de delectación morosa. He aquí un suceso tan sugestivo como aquel otro de un noviciado, también de jesuitas, donde se representaba en un cuadro a San Miguel venciendo al Demonio, y éste tenía en una mano un... microscopio!

La mejor defensa contra la sensualidad, aparte de hondas inquietudes y de una sana vida higiénica al aire libre, es, sin duda, una sólida educación estética, en que se tome la belleza por la belleza misma. Don Juan Tenorio, discípulo acaso también de jesuitas, no tenía verdadera afición a ninguna de las artes, me consta. Y los jesuitas,

REPERTORIO AMERICANO

Revista de la prensa castellana y extranjera.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado decenalmente por

J. GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto.....	0-50
La serie mensual, 3 números, pagada por anticipado y solidada a la Administración..	1-25
Para el extranjero, el número suelto.....	\$ 0-15 oro am.
La serie anual (36 entregas)...	4-50 » »
La página de avisos, por inserción.....	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

al hacer del arte algo adjetivo y añadido, un ornato, o mejor un señuelo, lejos de combatir la sensualidad, la fomentan. ¿Hay acaso nada más sensual, más blando y muellemente sensual que ese culto al Corazón de Jesús por ellos instituido y al que se debe ese horror de imágenes con que han infestado nuestras iglesias? Compárese esa figura...—que no quiero describir por reverencia a Cristo Nuestro Señor— con nuestros viejos Cristos españoles sanguinolentos y exangües, y sobre todo con aquel estupendo de Velázquez. Y compárese las barrocas visiones de la Beata Margarita María de Alacocque con las de Santa Teresa. Y a ésta, a nuestra santa, nunca tuvieron gran afición los jesuitas. ¿Por qué?

Habría que preguntar también por qué los jesuitas—aparte, claro está, excepciones individuales—nunca mostraron entusiasmo alguno por el «Quijote». Y uno que fué de ellos, que fué jesuita, nos ha contado de cierta fiesta en que los novicios al encender hoguera, como en el día de San Juan, lo hicieron quemando un ejemplar del

«Quijote», sobre cuyas llamas saltaban.

Y acaso no deje de tener esto relación con aquello del sentimiento del propio ridículo, de la inutilidad final de todo esfuerzo, de que Alberto nos dijo. Porque si algo representa y vale el «Quijote» en el mundo es la rehabilitación moral y hasta religiosa del ridículo, es la sublimación de lo cómico. El noble Caballero de la Triste Figura padeció la pasión del ridículo y la padeció heroicamente, dió que reír y dando que reír y siendo al parecer vencido es como venció para siempre. Y si algo nos enseña es a afrontar el ridículo.

A un íntimo amigo mío de la infancia que se educó algunos años con los jesuitas le he oído quejarse de que nada le hería más que las pullas del P. Fulano o las bromas, no siempre discretas ni delicadas, del P. Zutano. Y de hecho no creo que haya en pedagogía procedimiento más desastroso y contraproducente a su propósito que el de la burla, como no sea el de excitar la emulación y los celos de los educandos a que también son muy propensos los jesuitas con todo aquello de dividir la clase en cartagineses y romanos y nombrar emperadores de uno y otro bando. Y es así como se les hace por la burla recelosos y suspicaces, y por esa mal entendida emulación, envidiosos. Y es muy difícil que no salga inficionado de esta horrenda peste de la envidia, quien se educó en el seno de una comunidad religiosa, que es donde ella pone sus reales.

Abundan los jesuitas que se las echan de chistosos y llevan su chistosidad hasta el púlpito. ¡Y qué estragos produce esa manía! De todos los géneros de chiste los peores son los que huelen a eructo de refectorio. Porque suelen ser además de groseros, mal intencionados. Y esta torpeza en el chiste mismo, esta falta de verdadera gracia, de gracejo fino, de ironía delicada, débese a deficiencia de educación estética.

En nadie ha tenido, en cambio, más decididos cultivadores la retórica, el afeite y aliño artificiosos de la palabra. De ellos todos puede decirse lo que F. de Sanctis, en su admirable «Storia della letteratura italiana» dice del P. Segneri y es esto: «no tiene otra seriedad que literaria: adornar y embellecer el lugar común, con citas, ejemplos, parangones y figuras históricas, y por lo tanto desabrido, superficial, vulgar y parlero... Lugar común el concepto, lugares comunes los accesorios. No mira eficazmente a convertir, a persuadir el auditorio; no tiene fe ni ardor apostólico ni unción; no ama a los hombres, no trabaja por su salud o su bien. Tiene en el cerebro una doctrina religiosa y moral pegadiza y hereditaria, no adquirida con el sudor